

CLUB DEL MISTERIO

DAVID DODGE



UN BALAZO
PARA EL NOVIO

34

Mientras se tiroteaba furiosamente con aquellos individuos, James Whitney –Whit, para los amigos– sabía que el final de la historia estaba próximo, y sin embargo todavía no se explicaba muchas cosas. Todo había resultado muy extraño. Primero, dos que quisieron matarlo por una nadería. Después, la exótica rubia de la casa de juego tratando de esquilmarlo. Más tarde, el encuentro con aquellos ex amigos, de los cuales él prefería no seguir siendo amigo. El rapto, el chantaje... y la acusación de asesinato proveniente del mismísimo “sheriff”. Tenía que obrar, y obrar rápidamente. Alguno iba a lamentarlo. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer quien, como él, se veía mezclado en un “affaire” sensacional por el solo hecho de haber querido casarse?

PERSONAJES

por orden de aparición

Un gordito que se está muriendo
Tres que lo miran morirse y discuten
James Whitney, *un novio en apuros*
Kitty McLeod, *una novia valiente*
Walter Gates, *fuerte y bruto*
Sammy Kohler, *un hombrecito con cara de comadreja*
Pop Foster, *un Juez de Paz asustado*
El tercer hombre
Lorenzo Colusa, *la amenaza latina*
Gladys Warren, *además de sex-appeal, tiene otras cualidades*
Casey Jones, *un vagabundo muy extraño*
Pete Weston, *conoce algo más que la vida y milagros de Reno*
Alex Hotaling, *un personaje de "Stetson" y botas de montar*
Andy, *"sheriff". Fuma una mezcla de trapos y caucho*

El sueco Larson, *un polizonte de otros pagos,*
más útil y más bruto que Walter Gates

I

Había cuatro hombres en la pequeña habitación oscura. Uno de ellos había recibido varios tiros en el pecho y estaba a punto de morir. La habitación estaba vacía, excepción hecha de una mesa desvencijada, un par de sillas haciendo juego y diversas gruesas cajas de embalaje. El moribundo yacía tendido de espaldas entre dos de las cajas de embalar y al respirar la sangre le salía a borbotones por la parte de atrás del cuello. Los demás estaban de pie, silenciosos, esperando.

El más pequeño de los tres hombres que observaban el cuerpo inconsciente tendido entre las cajas de embalaje, tenía un rostro como el de una comadreja. Uno de los otros dos era rechoncho, de fuerte complexión y mediana edad, de cabello canoso y ojos azul claro. El tercero era más joven, de altura corriente, peso corriente, color corriente y aspecto corriente. Él y el de fuerte complexión podían haber sido plomeros o mecánicos del garaje más cercano. Ambos llevaban overall y sus manos estaban oscuras de grasa y suciedad. El moribundo, excepto por la sangre que empapaba su camisa y coloreaba la saliva en las comisuras de los labios, no era más que otro hombre regordete con un poco de calva. Sus ropas eran más caras que las de la mayoría, pero eso era todo cuanto lo distinguía, si bien era más vigoroso que la mayor parte de los regordetes con algo de calva.

—Ha abierto los ojos —dijo de pronto el tercer hombre.

El hombre que estaba entre las cajas de embalar había llegado al final del camino. Durante un breve instante an-

tes de morir, la niebla se despejó y vió los tres rostros encima de él. Ellos observaron cómo enfocaba los ojos. Miró directamente al hombre de complexión pesada y una de las comisuras de los labios se torció hacia arriba en lo que podría haber sido un espasmo de dolor o tal vez un intento de mueca burlona. Luego el borboteo cesó en su cuello, se le cerraron los ojos y murió.

—Ya está —dijo el tercer hombre—. No sabemos nada más que lo que sabíamos hace una hora.

—Él sabe mucho menos —dijo el de cara de comadreja señalando al cadáver—. Si se hubiera escapado habríamos tenido algo de qué preocuparnos.

—Tenemos bastante de qué preocuparnos —dijo el de complexión pesada—. Si andaba tras de nosotros, no lo hacía por su cuenta, y ellos no van a dejar de buscarnos porque matamos a uno de los suyos. Lo que has hecho no hace sino complicar las cosas.

—Por Dios, él los vió trabajando, ¿no es así? —dijo quejosamente el de cara de comadreja—. Yo tenía que pararlo, ¿no es verdad? No sé por qué tienes que proceder como si yo lo hubiera dejado escapar. Tú me dijiste que parara a cualquiera que se entrometiera y eso fué lo que hice. Ahora resulta que soy un idiota porque le hice un agujero.

—Eres idiota porque eres idiota —respondió el de complexión pesada.

—Tratas de pensar con tu revólver. Podrías haberlo hecho entrar en vereda sin matarlo, y nosotros lo habríamos hecho hablar. Entonces habríamos sabido si nos andaba buscando o si simplemente vino a dar aquí por accidente.

—No sabes si hubiera hablado.

—¿No? —dijo el hombre de complexión pesada, volviendo la cabeza.

El de cara de comadreja apartó su vista de los ojos claros. No había en realidad duda alguna en su mente. Aun teniendo la mano en el revólver, dentro del bolsillo, el

hombre de complexión pesada podía hacerlo enloquecer de miedo con sólo mirarlo.

—¿Qué hacemos? —dijo el tercer hombre.

—Volvamos a lo que estábamos. No creo que fuera nadie de quien debamos preocuparnos; es demasiado pronto para que nos hayan seguido el rastro hasta aquí. Y aun si hubiera estado buscándonos, no sabía que iba a encontrarnos; de lo contrario no habría venido solo. Ellos no nos han localizado todavía.

—Sí —repitió el tercer hombre—. Das la impresión de estar bastante seguro de que nos andan buscando. Por lo que a mí me parece, no hay razón alguna para creer ni que sepan que estamos operando.

—Por supuesto que saben que estamos operando —dijo el hombre de complexión pesada—. El saberlo es asunto que les interesa. Él puede haber sido uno de ellos o puede que no lo fuera, pero nos encontrarán tarde o temprano. Es asunto nuestro el saberlo con anticipación, antes de que se nos acerquen. Eso es todo.

El hombre de complexión pesada se inclinó sobre el cadáver tendido entre las cajas de embalar y comenzó a arrancarle la ropa. Al sacar cada prenda iba sistemáticamente registrando cada bolsillo, tanteando el género y examinando las costuras en procura de algún indicio de costura nueva. No encontró nada que le interesara.

El tercer hombre observó pensativamente el registro. Luego dijo:

—Alguien va a buscarlo, sea quien fuere. Ha estado en Reno alrededor de un mes, y todas las veces que lo vi estaba gastando dinero. Debe de haber mucha gente interesada en saber qué le ha ocurrido. Tal vez nos convendría alejarnos.

—Nadie va a poder encontrar nada —dijo el hombre de complexión pesada sin apartarse de su trabajo—. Aquí estaremos tan a salvo durante un par de semanas como en cualquier otra parte, si nos andamos con cuidado.

—Lo malo del asunto es que en ninguna parte estamos seguros.

—Eso es cierto. ¿Creíste que ibas a un pícnic cuando te metiste en esto?

El otro hombre no contestó. El de complexión pesada lo miró durante un momento y volvió a su tarea.

—No se te paga por tus ideas, de modo que no trates de tener ninguna. Pero trata de recordar que si este hombre podía o no andar buscándonos, algún otro lo anda haciendo. Mucha gente nos anda buscando. En apariencia son mucho más inofensivos que cualquiera que tú hayas visto y cinco veces más vivos y no llevan insignias de metal en el pecho ni se andan anunciando. La única manera de ganarles consiste en saber quiénes son ellos antes de que ellos sepan quién es uno. Esto quiere decir que al próximo visitante lo quiero vivo y en buen estado, de modo que pueda hablar. ¿Entiendes?

El de cara de comadreja murmuró algo ininteligible. El de complexión pesada dijo:

—No te oí.

—Dije que está bien.

El de complexión pesada se inclinó entre las cajas de embalar y enderezó el cadáver, poniéndolo en posición de sentado. Con ayuda de los demás se echó el cadáver a la espalda y se dirigió pesadamente hacia la puerta con su carga. La sangre empapó el saco de arpillera que llevaba en el hombro.

—Vamos —dijo—. Hay bastante oscuridad para deshacerse de esto.

—¿No vamos a trabajar más hoy? —preguntó el tercer hombre.

—Vamos a borrar las huellas. Luego quiero volver al viejo sitio y empaquetar el resto de la mercadería. Esta noche nos iremos.

Los dos hombres lo siguieron fuera de la habitación.

II

Hacía cinco días que había muerto el hombre regordete con algo de calva.

A las cuatro de la mañana del sexto día, James Whitney condujo su coche por la última de las curvas cerradas que llevan de Donner Pass abajo y hundió el acelerador al enderezarse el camino ante él. Estaba viajando a mayor velocidad que la que convenía, dadas las condiciones de sus neumáticos recauchutados, pero estaba atrasado y quería llegar a Reno. Conocía allí a un hombre que iba a realizar una ceremonia matrimonial para él y la hermosa criatura que estaba sentada a su lado y deseaba que aquella tarea fuera realizada antes de que la hermosa criatura tuviera demasiado tiempo para pensar seriamente en lo que iba a ganar. Ella tenía un claro sentido de los valores, aparte de su buena presencia.

La futura esposa asomó la nariz por sobre el cuello de su abrigo de piel y miró en torno.

—¿Dónde estamos, Whit?

—No sé. Debemos de estar cerca, a menos que hayan trasladado la ciudad.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro.

La futura esposa bostezó. "¿Cómo me convenciste de que me decidiera a esto?", preguntó.

—Llegamos a la conclusión de que deseábamos esperar una licencia matrimonial de California. O habías bebido más de lo que crees o la memoria te está fallando.

–Tengo suficiente buena memoria como para recordar que hace un año y medio me hiciste una proposición matrimonial y resultó que en vez de proposición matrimonial lo que habías hecho era una simple sugerencia. Esperaste dieciocho meses antes de que comenzara a recordarte la conciencia. ¿A qué viene ahora toda esta prisa?

Whit no respondió durante un trecho de un cuarto de milla de marcha por la carretera. Kitty esperó. De pronto, abruptamente, dijo:

–Me parece que tarde o temprano tendré que decírtelo. Voy a ser movilizad.

El digerirlo le llevó un rato a Kitty. Una vez que lo hubo hecho, se enderezó en el asiento y la ira hizo que la voz le temblara.

–El que te movilicen es ciertamente una razón romántica para el casamiento. Puedes dar vuelta y emprender el regreso a San Francisco, al menos por lo que a mí se refiere. La boda ha sido cancelada.

Whit extendió la mano para dar una palmada en la primera protuberancia que encontró del abrigo de piel.

–Tranquilízate, querida. El que esté casado o no nada significa para la oficina de enrolamiento. Tú dispones de demasiado dinero para que seas considerada dentro de la categoría de las personas dependientes, y de todos modos eso no significaría diferencia alguna. El ser enrolado fué idea mía. Quise tenerte segura antes de presentarme a la oficina de movilización. Eres demasiado bonita para dejarte suelta mientras esté en el campamento de adiestramiento.

–Tú no te has presentado como voluntario –dijo Kitty.

–No. Me han movilizad.

–Pero difirieron tu enrolamiento.

–Pero ahora me van a enrolar definitivamente.

Kitty lo miró. Él, con gesto apenado, explicó:

–No hay nadie menos indispensable en la guerra que un consejero en recaudaciones de impuestos, a menos

que sea pianista en un café nocturno. Yo debí haberme dado cuenta de que era raro que me hubieran diferido sin haberlo pedido, pero estaba ganando mucho dinero y quise seguir adelante con los negocios. De modo que llegué a la conclusión de que yo era bastante importante, después de todo, y dejé que las cosas siguieran su curso. Luego hoy –ayer– estaba hablando con un cliente y me aclaró la cosa. En la oficina de enrolamiento está el señor Big y yo le he estado defendiendo un asunto de 50.000 dólares de impuestos, que se va a arrastrar durante un año más o algo así. El desgraciado hizo que aplazaran mi movilización.

–De modo que estás enojado con él –dijo Kitty.

Whit la miró con sorpresa.

–Le dije que tomara su asunto de impuestos y se tirara a la bahía con él. ¿Qué esperabas tú que hiciera..., que me sacara el sombrero y le dijera: gracias por su amabilidad, señor?

–Eres fantástico –dijo Kitty sacudiendo la cabeza–. ¿Qué dijo él?

–Dijo que si yo tomaba la cosa de ese modo, arreglaría para que en un par de días estuviera de uniforme. Yo dije que era así cómo tomaba la cosa y que yo mismo me ocuparía del asunto. Luego le di un puntapié en el trasero y lo eché. Pero me imaginaba que no me llamarían por el tiempo suficiente como para poder gozar de la luna de miel, de modo que escribí una carta a la oficina de enrolamiento y les dije que estaría a disposición en una semana y aquí estamos. Si tú sigues pensando igual que antes.

Dió la impresión de sentirse desgraciado.

Kitty se corrió en el asiento, le sacó la mano del volante y la cubrió con su cuello. Suavemente le dijo al oído:

–Se me puede persuadir.

Whit la persuadió, dejando de hacerlo justo a tiempo para volver el coche a la carretera mediante un esfuerzo

supremo. Cuando estuvieron de nuevo a un nivel normal, él dijo:

–Debía habértelo dicho antes, pero no quería echarte a perder la luna de miel. Me temo que va a ser bastante corta.

–Una semana es mejor que nada. No me hubiera gustado si te hubieras ido *sin* casarte conmigo.

El siguiente poste indicador por el que pasaron marcaba un amplio lugar en la carretera llamado Verdi y Whit comprendió dónde estaba. La población quedaba a unas diez o doce millas de Reno. Llegarían allí a eso de las cuatro y media.

–Dentro de una hora vas a ser señora –dijo él–. ¿Cómo te sientes?

–Me emociona –dijo Kitty, bostezando–. ¿Esperas encontrar a alguien que quiera casarnos a estas horas de la noche?

–Claro. Estoy relacionado con un hombre llamado Pop Foster. Es juez de paz.

Kitty lo pensó.

–¿Cómo te relacionaste con un juez de paz? Me dijiste que nunca habías estado casado.

–Mentí –dijo Whit–. Me he casado once veces. Pop me hace tarifa al por mayor.

Kitty estornudó.

–Él y mi viejo –dijo Whit– acostumbraban a hacer negocios juntos, hace años, antes de que Pop fuera juez de paz. No sé qué clase de justicia administra, pero puede casarnos tan bien como cualquier otro. Y es un buen tipo.

–Debe de ser, si esperas que nos case esta noche. Cualquiera que apareciera por mi casa a golpear la puerta a estas horas de la noche, sería corrido por mis perros.

–En Reno la gente está acostumbrada. Es ilegal dormir.

Reno estaba cumpliendo la promesa de Whit cuando llegaron. Todas las casas de juego estaban abiertas y aun a esas horas de la noche había suficientes tontos como pa-

ra que hicieran buenos negocios los que estaban del buen lado de las mesas. Whit, por primera vez en sus numerosos viajes a Reno, no se unió inmediatamente a los tontos. Encontraron una droguería abierta toda la noche, en la que pudo consultar la guía. Kitty esperó en el coche.

Whit regresó a los pocos minutos con las direcciones anotadas en un trozo de papel y con un paquete que solamente podía contener una botella de un litro de algo. Hizo girar en redondo el coche y avanzó en la misma dirección en que habían llegado.

—¿Y ahora qué? —dijo Kitty.

—Pop se mudó después de la última vez que estuve aquí. Vive afuera, en ese último pueblo por el que pasamos al venir... Verdi. Un galón y medio de nafta tirado a la calle, como si nada.

—¿Y para qué es esa botella?

—Un pequeño soborno. Sé que Pop no va a querer cobrarnos nada por casarnos, pero nadie lo ha visto nunca rechazar una copa.

Dieron las cinco antes de que llegaran a Verdi. El mapa que Whit se había hecho en el trozo de papel los apartó de la carretera y los colocó en un camino lateral de cuyas diversas casas una podía ser la que andaban buscando. Finalmente encontraron el lugar observando los buzones a lo largo del camino con una lámpara a pila, al dar con uno en que estaba escrito el apellido Foster. La casa correspondiente al buzón había sido construida a alguna distancia del camino, sobre un amplio terreno rodeado de estacas pintadas de blanco. Encontraron la puerta y pasaron adelante por sobre un caminito enripiado.

La casa se había iluminado por todos lados. No solamente estaba iluminado el amplio porch que tenían delante, sino todo el terreno rodeado por las estacas, sobre el que llegaba la brillante luz de focos que colgaban de cables que iban de la casa a los árboles que la rodeaban. Una de las luces brillaba casi directamente sobre sus ca-

bezas. Detrás de la casa oíanse los ladridos de un perro y su tironeo de la cadena.

La puerta de la casa estaba abierta unas seis pulgadas, cuando llegaron al porch. Era perceptible el rostro de un hombre que los estaba mirando, pero la luz no pasaba de la puerta, de modo que lo único que podía decir Whit era que no se trataba de Pop Foster. El hombre de dentro de la casa dijo secamente:

—¿Qué quieren ustedes?

—Andamos buscando a Pop Foster —dijo Whit—. Vimos su nombre en el buzón del frente.

—¿Qué es lo que quieren de él?

A Whit no le gustó la actitud del tipo. Antes de que decidiera si responder amablemente o preguntar qué demonios le importaba a nadie por qué quería ver él a alguien, hubo un movimiento en la oscuridad y una segunda voz dijo algo en tono bajo. Otro rostro apareció detrás de la puerta y los observó. Después de un rato se abrió la puerta y una luz fué encendida adentro. Entraron.

Dos hombres estaban frente a ellos al entrar. El hombre que había abierto la puerta era rechoncho, de amplio pecho y fuertes hombros, cabello gris y agradable aspecto, excepción hecha de sus ojos, que eran de un extraño color azul claro. Llevaba una "robe de chambre" encima de un pijama arrugado, y calzaba zapatillas de noche. El segundo hombre era más pequeño, más delgado, más joven. Tenía rostro de comadreja..., nariz alargada, ojos pequeños y no mucha mandíbula... y su cabello enmarañado era grasiento. También llevaba pijama, pero no era suyo; se había arremangado los pantalones, de modo que no se arrastraran por el suelo. En vez de llevar "robe de chambre" y zapatillas se había puesto un sobretodo negro, abotonado en la cintura y llevaba zapatos con los cordones sueltos, con los pies descalzos.

El hombre de complexión fornida sonrió sólo con la parte inferior de su rostro. Sus ojos pálidos no cambiaron.

–Buenas noches.

–Buenas. ¿Está Pop Foster? –preguntó Whit.

–¿Para qué quiere verlo?

Era la pregunta que habían oído antes, salvo que esta vez era un poco más amable. La amabilidad era tan superficial como la sonrisa.

–Asuntos personales –dijo plácidamente Whit. El hombre de fuerte complexión podía sacar algo en limpio de eso, si así lo deseaba. Whit no estaba en ánimo como para entregar su fe de nacimiento cada vez que algún entrometido se lo pidiera.

El hombre lo miró un momento, luego brevemente a Kitty y se decidió. Se volvió hacia la escalera que conducía del hall al primer piso y levantó la voz.

–¡Pop! Venga abajo. Tiene visitas. –Y volviéndose hacia el de cara de comadreja, agregó–: Haz callar a ese perro y apaga las luces.

El de cara de comadreja miró sospechosamente a Whit y salió. Whit no advirtió la mirada. Estaba escuchando el ruido de zapatillas bajando por la escalera.

Nadie había tenido tiempo de acercarse al comienzo de la escalera, desde el momento en que el hombre había llamado. De quienquiera que fueran las zapatillas, el que las llevaba había estado esperando arriba, en la oscuridad, escuchando la conversación de abajo. Y si era Pop Foster, estaba recibiendo órdenes del hombre de fuerte complexión. El llamado había sido una orden.

Pop llegó a la parte iluminada de abajo, tirando del cordón de su pesada “robe de chambre” de lana. Fingió una mirada de asombro al ver a Whit.

–¡Hola, Whit! Qué sorpresa, muchacho. ¿Qué andas haciendo por aquí?

–Hola, Pop.

Pop estrujó la mano de Whit. El hombre de fuerte complexión esperaba atrás. Pop dijo nerviosamente: